

Ulises criollo y Eneas indígena

GERMÁN DEHESA

Mis nobles títulos

De las módicas sabidurías a las que puede aspirar un forty-niner (un hombre de 49 años) está la de discernir sus habilidades y sus imposibilidades. Llegado a esta peligrosa edad, yo por ejemplo, puedo saber que soy incapaz de menejarme con un mínimo de solvencia en los terrenos de la creación pictórica, las reuniones campestres, la composición musical, los encuentros familiares, la administración pública y privada, los velorios, la mecánica automotriz, cualquier tipo de competencia deportiva de solteros contra casados, la meditación zen, las juntas de condómines, el pensamiento lacaniano, las reuniones de padres de familia, los análisis macroeconómicos y los interrogatorios de mi esposa acerca de ¿cómo ves nuestra relación? En todas esas áreas, no tengo empacho en reconocerme como una perfecta bestia. Conjuntamente reconozco que tengo mis habilidades. Enumero algunas: soy excelente interlocutor de las mujeres, muevo las orejas con extrema soltura, tengo una memoria monstruosa, aunque selectiva (recuerdo puras inutilidades); hago unas tortas de jamón serrano que no conocen paralelo y soy buenísimo para titular textos. Esto último me tiene particularmente satisfecho y me ha dado enorme prestigio en mi área de influencia que ya abarca un buen sector de la zona sur de la ciudad. Dehecho, tengo en "El Unicornio" un taller de creación literaria que, desde hace siete años funciona muy bien, gracias -entre otras cosas- a mi notable habilidad tituladora. Allí en el taller tenemos expertos en primer párrafo, especialistas en desarrollo, ambientación, creación de personajes, planteamiento de tramas. Los más especializados somos una chava que es excelente rematadora (redacta de maravilla los renglones finales) y yo que siempre encuentro el título adecuado.

Los problemas surgen en situaciones como la actual, en la que no puedo echar mano de mis colaboradores y lo único que tengo es este título: "Ulises criollo y Eneas indígena". Como título lo encuentro efectivo y sugerente; el problema es lo que se tiene que escribir después. En tí, avezadísimo lector, confío mi espíritu para que me acompañes, ordenes y estructures esta vacilante Odisea cuyo itinerario incluye el restorán La Cava, la ciudad de Troya, el palacio de Bellas Artes, Roma, Chinameca, los Altos de Chiapas y puntos intermedios. Que tal empresa llegue a buen término dependerá mucho más de tu buena lectura que de mi vacilante escritura. Yo ya cumplí. Yo ya puse el título. Es más: voy a poner otro.

Odiseos en el restorán

Allí estábamos. Cinco selectos colaboradores y amigos de la revista Este País nos reunimos a comer y a chacharear acerca de los temas de más candente actualidad. Se bebieron oscuros vinos y rubias cervezas. A los postres, ya habíamos arreglado la situación mundial, Chiapas incluido. Una voz varonil dijo de pronto: Si tuvieran que llevarse a una mujer a la isla desierta ¿A quien se llevarían? Estupefacción general ante tan frívola e inopinada pregunta. Máxime que el emisor de la cuestión es famoso, en todos los medios políticos e intelectuales por su mesura y circunspección. Esto sin contar que los ahí reunidos somos pensadores mexicanos de probada castidad. Como comprenderán, nuestra respuesta fue fría y distante. ¿Por qué nada más una? dijo el tímido Garibay. Yo necesitaría, por lo menos, tres; añadió Genovés en plena y náutica exaltación. Yo podría enumerar veinte, reviró Garibay. En diez minutos la mesa estaba en total ebullición. Parecíamos locos. Cuando me permitieron hablar y dije que yo me

llevaría a mi esposa, Don Richard me fulminó con el peor insulto que un artista mexicano puede oír: ¡no sea usted mamón! Yo, prudente como soy, guardé silencio y caí en una suerte de éxtasis contemplativo:...en realidad los que estamos aquí (monólogo interior) somos modestísimos y criollos avalares de Ulises lanzados a la loca aventura de imaginar una distante Itaca y en el centro de ella: Penélope, figuración perfecta del deseo. Todos, sin saberlo o no, venimos huyendo de...(se suspende el monólogo interior para poner otro título).

Una ciudad en llamas

Puede estar en el Asia menor y llamarse Troya, puede estar en Chiapas y ser Ocosingo; puede estar en Bellas Artes y titularse "Exposición retrospectiva de Enrique Estrada". Es un gran pintor. Tal es su pasión por la pintura, de tal modo se abisma en el detalle, la velatura, las trampas de la luz, la pincelada exacta que no le queda tiempo para la autopromoción con su estúpida cauda de cocteles, entrevistas y visajes publicitarios. Allá en Xochimilco, en su estudio, bajo una luz casi vaticana Enrique se queda sólito y su alma; su alma que en el lienzo se traza, se colorea y se hace visible. En ella caben el horror de los zapatistas muertos (tema casi arqueológico que ya se volvió dramático) y caben también las playas y la luz de Grecia, sus esculturas dilapidadas y tendidas cerca del mar mientras, en la lejanía, el incendio lo va ganando todo. Es por esto que yo puedo estar, de cuerpo presente, con mis amigos en un Restorán organizando una Anábasis tenochca, huyendo del incendio y buscando al mar y a la mujer (dos veleidades acuáticas) y estar también con la imaginación sitiada por lo que Enrique me propone. Allá o acá, no es importante; el deseo tiene mucho más sitios que el cuerpo. Al rescoldo de la ciudad en llamas, mi deseo perfila dos figuras. Pausa. Voy con otro título.

Ulises y Eneas: Los que se van

Huyen de Troya. Allí ya nadie puede estar. Ulises es aqueo y vagamente recuerda que hay una isla y una mujer que lo esperan. Dichoso él. Dichoso todo aquél que tiene a dónde y a quién regresar. Su aventura consiste en abandonarse por entero a las urgencias de su nostalgia. Sólo así podrá cursar los múltiples naufragios, volverse nadie, para -por fin- a la vista de su isla romper en llanto y saberse alguien en el abrazo de Penélope. Ese es Ulises, es decir tú o yo que, naufragios o no; tenemos a quién regresar y tenemos un país urgido también de nuestro regreso.

Toda Odisea (la de Homero, la de Joyce, la nuestra) cumplen lentamente su trayecto circular. La Eneida es otro asunto. Eneas no tiene rumbo. Eneas es troyano y su ciudad ha sido borrada Eneas no tiene a quién, ni a dónde. Si Azcárraga lo conociera diría que es un jodido. Eneas, sin embargo y contra los pronósticos del vascuence magnate, no quiere permanecer en tal estado. Carente de destino, decide inventárselo y se lanza, ciega y violentamente a la aventura. Va, aunque no sepa a dónde va. Sobre sus hombros lleva a Anquises, su tullido padre (su raíz, su costumbre, su historia). La ruta de Eneas pasa inevitablemente por el infierno, por la profecía, por la violencia, por el provisional amor de Dido y desemboca en la fundación de un nuevo mundo. Termina así la salvaje aventura de Eneas, fuertemente con trastada con la de Ulises que es la aventura de la civilización. El hijo de Eneas ya podrá ser Ulises puesto que ya tiene sitio en el mundo.

Otro título:

Vasconcelos y el EZLN

Desde un restorán y desde una llameante exposición he vislumbrado estas dos historias; este doble paradigma. Bien hizo Vasconcelos en formular la aventura del Ulises criollo como aventura mexicana. Lo es; aunque no es privilegio de todos los mexicanos. Nuestros pobres y nuestros indios no tienen ni a quién, ni a dónde. Su ciudad la hemos incendiado. Con su padre a costas, se han lanzado a la ciega aventura de reclamar su lugar. Alguien tendrá que escribir el Eneas indígena (zapatistas muertos). Yo no. Yo

voy terminando. Pondré, si acaso, otro título.

Regreso a Itaca

La Cava. La sobremesa ya es también un incendio. Garibay describe minuciosamente las características anatómicas de la centésima mujer que -de grado o por fuerza- lo acompañará a la isla. Yo me despido. El trabajo me espera. Abucheo general. "Ya le dije que no sea mamón" reitera Don Ricardo. No soy (bueno, no mucho) pero me tengo que ir. Voy rumbo a Penélope. Estos renglones son para ella, para Enrique Estrada y para tí lector Ulises criollo y paisano del Eneas indígena.